

trando, que se encaminan ya a las misas de seis, de siete —un devocionario en la mano, enredados los brazos en una negra mantilla transparente— las señoritas de la muy antigua ciudad de Valladolid, las —a otra hora— casi inencontrables muchachas de Morelia...

Ha ido transcurriendo, muy despacio, la mañana. Dan las doce... Las campanas de las doce —como las del alba— se oyen también por toda la ciudad.

Todas las iglesias intervienen ahora en este toque de las doce, aun las de los barrios más lejanos.

Los hombres (casi todos) se van quitando sus sombreros, mientras están sonando las doce. Se oye el silbato de alguna pequeña fábrica. Hay por las calles la súbita animación de los chicos que salen de las escuelas.

Campaneo imprescindible este de las doce. Los dependientes de las tiendas, el señor sedentario detrás de una vidriera, el sacerdote paseando a lo largo de algún hermoso corredor... todos, invariablemente, mientras están sonando estas graves campanadas, les dan cuerda a sus relojes.

El sol ha entrado ya hasta los espejos de las salas. Son las tres de la tarde. Las campanas de las tres coinciden con la siesta, con las rendijas luminosas, con las ventanas entornadas, con la trementina que escurre de las puertas.

¡Qué fresco el tintineo de las gotas de agua en las tinajas!

Las campanadas de las tres... Y las calles están encendidas en sol,—urracas en los jardines—. Y se va levantando de los lotes ese delicioso olor de la tierra recién regada.

Alguna viejecita —de tápalo verde— va por una calle en cuesta rezando las tres.

Y vienen las seis de la tarde: la Oración. Se espiritualizan, se tornan aún más unciosas las campanas, como a las seis de la mañana. Es el momento en que se encienden —amarillos— los focos de la casa. Es el momento en que comienza a brillar el lucero de la tarde. Deslumbra el sol en la perilla de cobre de un balcón. El poniente está encendido: cárdeno, rojo, amoratado. Un cielo de Crucifixión. Y se ha quedado go-teando una campana.

Y, por último, a las diez —pasos de algún transeúnte retardado— las campanadas de la queda. Cosa muy grave esta de la queda. Claro que, con el cine —con Marlene Dietrich y con Norma Shearer— han perdido ya un poco de su prestigio, estas paternas, estas autoritarias campanadas. Y, sin embargo... Todas las ventanas están cerradas, todos los zaguanes. Cantar largo e intermitente de los grillos. La luz de la luna va alumbrando un eucalipto, una larga tapia blanca, una ventana con rejas. Y allá en la Catedral, en el oscuro arco de la torre de donde vibra todavía la campana de la queda, ¡chit!, chillan unas lechuzas, como si trataran, ellas también, de imponer mayor silencio, en las calles, por las plazas...

LAS EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

Por ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

RUMBO DE DIGNIDAD

ES apenas una excepción, en la historia de las editoriales mexicanas de ayer y—apena confesarlo—todavía de hoy, la presencia de ellas de una persona entendida, bien orientada en el noble oficio tipográfico, que, a merced de pequeñas delicadezas de artesanía que en nada gravan el costo de la producción y sí en cambio la enaltecen, consiga subrayar y hacer grato a la vista el esfuerzo, benemérito o estéril, desplegado por todo autor de un libro.

Y ahora que nos proponemos revisar el resultado de la intensa tarea que viene cumpliendo desde hace varios meses la Universidad Nacional de México a través de su Servicio Editorial—dependiente, a su vez, del Departamento de Acción Social—apenas en los primeros pasos del camino ya nos vemos obligados a referirnos al rumbo de inflexible dignidad artística que la Imprenta Universitaria ha sabido dar a cada uno de los volúmenes cuya manufactura fue puesta a su cuidado.

Aunque los talleres no cuentan con tipos ni materiales de gran variedad, ni excepcionales calidades, los libros que de ellos salen denuncian, des-

de la armoniosa composición de grabados y tintas en los forros, hasta las páginas de texto bien y gratamente impresas, una voluntad alerta que está dotada con la condición imprescindible en toda empresa semejante: un auténtico amor a la belleza formal del libro.

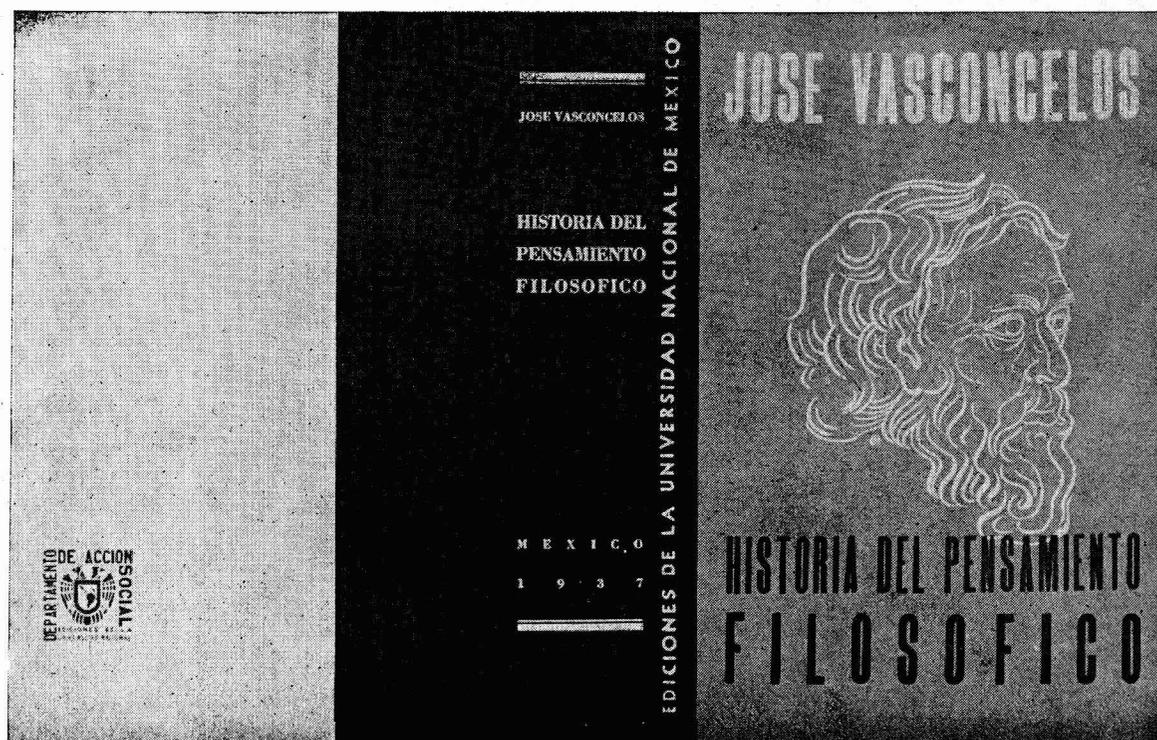
Que ello ocurre así en el caso de Miguel N. Lira, jefe de la imprenta, basta a probarlo, tanto como el testimonio persuasivo de los volúmenes ya editados, el hecho de que el poeta, movido por limpia afición al oficio, adquirió años atrás un taller que instaló en su propia casa. Además de su bien recordada revista "Fábula", en él imprimió con impagable decoro—y sigue imprimiendo—libros de poetas y ensayistas que deseaban reencontrar sus producciones vaciadas en moldes de nobleza. No creemos exagerar demasiado si afirmamos que a partir de esa época—sin olvidar las magníficas orientaciones de Francisco Díaz de León y Gabriel Fernández Ledesma—cundió entre nuestros autores el afán de la sobriedad y el buen gusto en la presentación de los volúmenes que entregaban al público.

ALGUNOS LIBROS

Aun cuando algunos de los libros editados por la Universidad, que van a ser señalados en esta nota, corresponden a disciplinas vedadas para nosotros, atreveremos una alusión genérica a su contenido e importancia.

"Las Cactáceas de México", por Helia Bravo H., del Instituto de Biología, encierra en sus 750 páginas uno de los estudios más completos y rigurosos que se realizaron entre nosotros, hasta la fecha, en torno a esa materia. La señorita Bravo, iniciada en tal estudio, según suponemos, por el sabio profesor Ochoterena, ha venido a constituirse, tras pausados, pero firmes trabajos, en autoridad en todo cuanto se relaciona con tan "fastuosa" riqueza vegetal de México. Después de seis capítulos que informan sobre "generalidades", "datos históricos", "las cactáceas entre los antiguos mexicanos", "estructura", "distribución geográfica" y "sistemática", la autora se aplica al examen científico de una cantidad casi fabulosa de especies y subespecies, asistida por una información que sorprende por su minuciosidad y método. Para un profano como nosotros, la simple contemplación de las numerosas especies fielmente reproducidas mediante fotos, ejerce un positivo deslumbramiento.

Viril seguridad en sí mismo, sin ficticia modestia ni vacua egolatría, revela este epígrafe de Lincoln, que el admirado maestro Ochoterena coloca al frente de la cuarta edición de su "Tratado Elemental de Biología": "Hago lo que sé hacer mejor y lo mejor que puedo, y deseo continuar así. Si logro el éxito, cuanto en mi contra se diga nada significa; si fracaso, aunque diez ángeles proclamen lo contrario, de nada sirve". Y como





sabemos de la capacidad de Ochoterena y de la fecundidad de su afán como animador de toda investigación científica, apurada con rigurosidad hasta sus propias fuentes, podemos predecir el seguro silencio de los ángeles.

El ilustre Director del Instituto de Biología ha refundido en esta edición "los capítulos relativos a la Sexualidad, cambiado de lugar el relativo al origen de la vida, y añadido dos nuevos: uno acerca de las correlaciones humorales y nerviosas, y otro relativo al concepto biológico de los fenómenos mentales. Se han repuesto o añadido numerosas figuras que aclaran y completan el texto... La ejemplificación y la especial referencia a los asuntos mexicanos han sido objeto de muy particular cuidado, ya que la enseñanza de la Biología no debe desligarse del medio en que se imparte".

Dentro del ciclo conmemorativo de un gran poeta latino, "El Prisma de Horacio", de Octaviano Valdés, se nos aparece como una de las dos contribuciones importantes—la otra es la de Gabriel Méndez Plancarte—que en México saludan la gozosa fecha. Se pregunta por ahí el autor "si es él (Horacio) quien llega a nosotros o nosotros los que nos remontamos a golpear a su puerta". La incógnita se desvanece pronto. Porque Valdés, que ha penetrado hondo en el sentido último de la poesía del amigo constante de Virgilio y Augusto, lo examina, lo acosa gentilmente desde los ángulos diversos de la modernidad. Y Horacio resurge del análisis plenamente encajado en nuestro tiempo, a despecho de Boileau y Hermosilla. No es el dómine inflexible que los preceptistas creye-

ron conocer. Su jocunda alegría y su clarividencia para apreciar el fenómeno poético salvan las murallas de apreciaciones y tiempos. En este último caso, dos frases lo definen: "El fondo de la poesía lo constituyen las ideas de todo el mundo, traducidas al lenguaje de algunos" y "Los pintores y poetas siempre han gozado el privilegio de ir tras de cualquier intento audaz. Estamos de acuerdo con esta libertad, y la reclamamos y a la vez la concedemos". El trabajo de Octaviano Valdés, ágil casi siempre, entusiasta en todos los momentos, conquista definitivamente nuestra simpatía.

Don Francisco González León, desde su provinciano y luminoso retiro de Lagos, envió los originales de un nuevo tomo de poemas: "De mi Libro de Horas". Insiste en los temas que le son queridos, en todo ese mundo de gestos, actitudes y sugerencias minúsculas que el poeta, atado a la dulce cadena de los días cotidianos, sabe elevar a alturas de enternecedora expresión artística; pero quienes admiraron con anterioridad en "Campañas de la Tarde" aquella apagada—; y tan seductora!—manera de referir en tono poético, así como la inquebrantable unidad expresiva, ahora advierten en el nuevo libro ciertas incidencias francamente triviales, no siempre transcritas con la lúcida voz a que el poeta los tenía acostumbrados. El libro, a nosotros, nos renueva en la memoria una serie de estampas tan tranquilas como bien amadas.

Una serie titulada "Pensadores de América", de la que van publicados ya un par de volúmenes, sirve al designio que la Universidad cultiva de difundir las ideas fundamentales de aquellos hom-



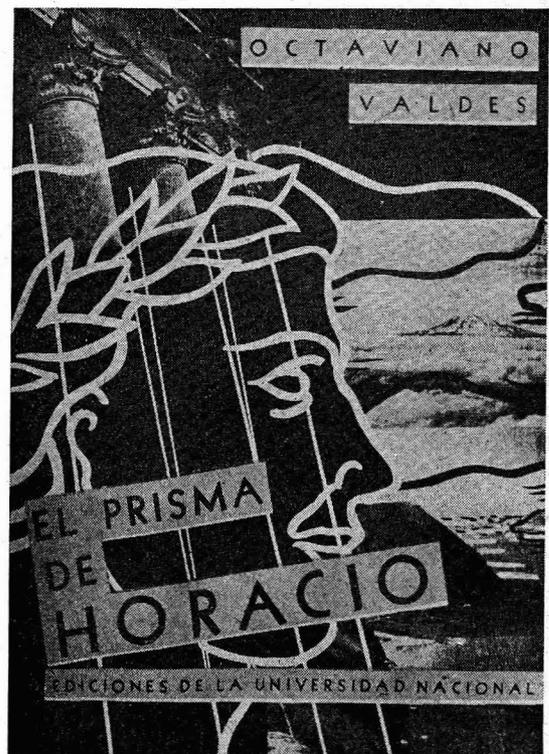
bres que en todos los pueblos del Continente quisieron penetrar en nuestra amarga—o tonificante—raíz del futuro. Los tomos aparecidos son: “Bolívar”—selección de Carlos Pellicer, con una nota preliminar de Salvador Azuela—y “Mariátegui”, con un consistente ensayo interpretativo de Manuel Moreno Sánchez, acerca del ideario del ardoroso y clarividente inválido peruano, de quien dice: “Colocado en un extremo de la lucha que hincha al tiempo presente, vivió su misión de ordenador de realidades, de sistematizador de conceptos, de soñador de utopías”. Con respecto a la índole de la serie, dice Salvador Azuela: “El propósito es fiel realización de la simpatía sin reservas de este instituto, por la causa de la hispanidad. No podría ser de otra suerte, en acatamiento al lema ilustre que quiere que nuestra casa sea siempre voz del espíritu de la raza”.

El doctor Alfonso Pruneda, que sirve en la Facultad de Medicina la cátedra de Higiene y Medicina del Trabajo—implantada en 1936—concurrir a estas ediciones con su libro “Higiene de los Trabajadores”. Contiene el texto seis pláticas que el autor sustentó con anterioridad frente al micrófono de la Estación X. E. F. O., y acerca de las cuales el doctor Pruneda advierte que “estuvieron dedicadas especialmente a los médicos de la República, interesados ya en estas cuestiones y, también, a los facultativos que desearan conocerlas, siquiera en sus aspectos fundamentales; pero se procuró, además, que los obreros y sindicatos del

país tuvieran igualmente oportunidad de escucharlas y de aprovechar, en beneficio propio, las nociones y los datos que fueron expuestos”.

Hay otra serie de “Biografías Populares”, de las que se hace un tiraje considerable, con las cuales se trata de propagar en términos de llaneza accesible, el derrotero vital de prominentes personajes mexicanos y, excepcionalmente, de españoles. (Razón de sangre). Han aparecido hasta ahora doce cuadernos: “Morelos”, por Rubén Salazar Mallén; “El Doctor Mora”, por Salvador Toscano; “Vasco de Quiroga”, por Alfredo Maillfert; “Altamirano”, por Manuel González Ramírez; “Andrés Quintana Roo”, por Miguel N. Lira; “Francisco Giner de los Ríos”, por Salvador Azuela; “Fray Servando Teresa de Mier”, por Alfredo Maillfert; “Justo Sierra”, por Alejandro Gómez Arias; “Pedro de Gante”, por Paula Alegría; “Ramos Arizpe”, por Vito Alessio Robles; “Ponciano Arriaga”, por Manuel Ramírez Arriaga y “El Doctor Miguel Silva”, por Alfredo Maillfert.

Han aparecido también, pero aún no están en nuestras manos, los libros siguientes: “Historia del Pensamiento Filosófico”, por José Vasconcelos; “Horacio en México”, por Gabriel Méndez Plancarte; “La Universidad y la Inquietud de Nuestro Tiempo”, por el licenciado Luis Chico



Goerne, Rector de la misma casa de estudios; "Laudanza de Michoacán", por Alfredo Maillfert; "Tres Conferencias", por Ezequiel A. Chávez—y "Monterrey: Historia y Poesía", por Alfonso Teja Zabre, Carlos Pellicer y Miguel N. Lira.

Deben agregarse, a esta suma del empeño editorial que comentamos, los 20 números aparecidos hasta la fecha de la revista "Universidad", mensual de cultura popular dirigida por Miguel N. Lira, que comprende artículos originales sobre las más diversas disciplinas, una sección de artes plásticas, un "panorama" que informa de las inquietudes modernas del mundo, noticias universitarias y bibliográficas—y a partir del número de julio un suplemento musical que se inaugura con una "Mazurca" del maestro Manuel M. Ponce. Resultaría una omisión sensible olvidarnos de los "Diálogos" que número a número inserta Rafael Heliodoro Valle, y en los que reproduce sus jugosas conversaciones con destacados intelectuales, políticos y diplomáticos de paso en México, aunque algunas veces toque el turno a los nacionales. También se ha impreso el número inicial de los "Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas", revista de arte que inicia su marcha con paso firme.

LA "CAMISA" VENDE EL LIBRO

Ya para cerrar esta precipitada reseña, y como nota casi independiente, conviene señalar una característica de la mayoría de los volúmenes citados que apenas dos o tres veces se había aplicado antes al libro en nuestro medio: el uso de las "jackets"—"camisas" o cubiertas—, grito de color que sin menoscabar las virtudes internas y permanentes del volumen le dan una prestancia insinuante ante el comprador.

El dibujante Julio Prieto, experimentado en las direcciones de la plástica editorial moderna, ha atinado a realizar una serie de "camisas" que realzan, con rasgos precisos, armoniosos y decisivos, la índole de las obras a que iban destinadas. La distribución de masas de color, de algún grabado o dibujo, y de caracteres tipográficos, se resuelven en un elemento homogéneo que acicatea el afán por la posesión del libro. Vea el lector, por ejemplo—aunque la reproducción posiblemente disminuya el efecto sugerente de los colores—las portadas de Vasconcelos, de Valdés, las otras que aquí aparecen. Y convenga, si a bien lo tiene, en que esta atractiva modalidad, por más norteamericana que sea, viene a poner un toque novedoso en los productos de nuestra industria editorial.

(De "Revista de Revistas").

C O C H I N O

TRUCO DE LA ALFARERIA MEXICANO-NIPONICA

YOKOHAMA, antepuerto de Tokio, capital del Japón. Megasismo del año 23. Ruinas, escombros... esqueletos de edificios en pie, cenizas. Corría acuñada esta frase desalentadora: "que el corazón del país se paró ya". ¿Plan quinquenal, plan sexenal?... Nada, hay que cobijarse bajo el techo. S. O. S. Alimentos, materiales de construcción. Asfixia bajo el peso de la deuda municipal.

Ensanche de carreteras, asfaltado, macadamización..., en las aceras llorran una hilera de árboles en la soledad. Más casas, más habitantes. Iluminación de noche, foco de una vida en formación.

Seda, grueso del índice exportador a los EE. UU. Aparición de la seda artificial, traslado momentáneo de mercaderes a Kobe, por miedo a las sacudidas sísmicas. Una fortuna que ayer era

Por el Profesor TAKASHI OKADA
(De la Universidad de Yokohama)

conseguida con el sudor en la frente, hoy, queda en ceniza... ¡Catástrofe! ¡Qué adjetivo sencillo para cifrar aquella paciencia y amor!

De la ceniza, un Phenix se resucita... Esbozo de la ciudad, contorno algo demarcado, vaivén de camiones. Eco del hachazo de carpinteros. Un mes, dos meses, tres meses... Baja de la divisa, baja de la mano de obra... Todo, por su a, b, c... Había un tenducho mísero y de barraca, refugio de operarios de juguetes de barro. Ayer, moldeados en formas que asustan a los aficionados. Muñecos que tienen unos ojos "vivos" y que hablan. Hoy, burda fabricación a máquina. Celu-